

GEOGRAFÍA, GEÓGRAFOS Y UTILIDAD SOCIAL DEL SABER TERRITORIAL: LA CONSTRUCCIÓN DE CLAVES OPERATIVAS PARA INTERPRETAR Y HABITAR EL MUNDO

Miguel Ángel Troitiño Vinuesa†

Buenos días, Excelentísimo Señor Rector, autoridades académicas, geógrafos y estudiantes de geografía, para mí es un honor que, con motivo del 40 aniversario del inicio de actividades del Departamento y de la Licenciatura en geografía de la Universidad de Guadalajara, se me haya elegido para impartir esta conferencia. Ésta es mi segunda universidad y con su Departamento de Geografía y Ordenación Territorial mantengo una relación ininterrumpida de más de 30 años. La primera es la Universidad Complutense de Madrid donde me formé, en la escuela de geógrafos de Manuel de Terán, y he desarrollado toda mi vida profesional.

La geografía es una disciplina o ciencia social atractiva porque tiene por finalidad conocer y explicar las interrelaciones territoriales que se producen en nuestro planeta, el lugar donde habitamos, entendido éste como una construcción social colectiva/ medio ambiente, fruto de las relaciones e interdependencias cambiantes a lo largo del tiempo entre naturaleza, sociedad y cultura. El

de geógrafo es un oficio atractivo, bello (Eduardo Martínez de Pisón, 2009), porque durante la etapa de formación recibimos ideas, conocimientos, herramientas y técnicas para comprender y dialogar con el mundo, y cuando somos geógrafos tenemos la oportunidad de recorrer la Tierra y acercarnos a la comprensión de su biodiversidad natural y diversidad cultural, algo que resulta enriquecedor como persona, en mi caso México es uno de los países que me ha enriquecido al tener la oportunidad de conocerlo, en un buen número de casos acompañado del profesor Luis Felipe Cabrales. Recorreremos el mundo y tenemos la oportunidad de emocionarnos ante la belleza de un paisaje o sentir rabia en los cinturones de miseria de nuestras ciudades o ante la destrucción de la Amazonía.

En suma, sentir o cargar nuestra mochila de experiencias vitales; Tierra del Fuego, Iguazú, Chichén-Itzá, Chapala, Marraquech, Roma, Los Andes, la Sierra de Gredos, la Barranca del Río Santiago, los Alpes, las erupciones del Popocatepetl, el Cabañas de Guadalajara, Guanajuato, Ávila, Cuenca, Tapalpa o el paisaje cultural de Tequila. Ser geógrafo merece la pena, tenemos la suerte de contar con el paisaje como objeto de estudio (el rostro de la Tierra) y disfrutar recorriendo el mundo; también, si asumimos un compromiso ético, podemos contribuir a resolver sus problemáticas socioambientales. Ser profesor de geografía es un buen lugar para descubrir lo que ocurre a nuestro alrededor.

La preocupación que nos ha acompañado durante 47 años de actividad docente e investigadora, ha sido la de contribuir a repensar la visión geográfica del territorio y, especialmente, de la acción territorial, así como a evidenciar la necesidad de dotarse de metodologías, instrumentos y prácticas de planificación y gestión integradoras, algo imprescindible, si es que realmente estamos dispuestos a caminar hacia un nuevo orden territorial, económico y medioambiental, que supere la dictadura del pensamiento económico/financiero. Mi quehacer geográfico ha sido una experiencia positiva y enriquecedora.

En primer lugar, me referiré a la geografía —vieja ciencia cuyos orígenes se remontan a los griegos— y a los geógrafos, sus formas de observar y pensar el mundo; después plantearé algunas cuestiones en relación con la utilidad de saber territorial, y, finalmente, en el marco del malestar del planeta y de la actual crisis socioambiental, abordaré las oportunidades que ofrece el patrimonio territorial, objeto del quehacer de los geógrafos para construir geografías más equilibradas y solidarias de las que ahora tenemos. Mis ideas son fruto de lecturas y de la reflexión personal sobre mi trayectoria en la enseñanza de la geografía, en la investigación territorial (los estudios geográficos se refieren a “lugares”) y de mis experiencias en la planificación territorial y urbana. Últimamente en el campo del patrimonio, el desarrollo territorial y el turismo. Creemos firmemente que un pensamiento territorial bien

enraizado en la tradición geográfica y una geografía más implicada socialmente, que aprovechen las oportunidades de las nuevas tecnologías de la información, nos podrían ayudar a transitar en la edad del Antropoceno, pues el entendimiento del territorio como patrimonio territorial es fundamental para construir otro modelo de desarrollo, sostenible en términos medioambientales y sociales, territorialmente justo y equilibrado, en un marco de complementariedad territorial, superando el sistema actual donde priman la desigualdad, la injusticia y la competitividad. Ciertamente es un proyecto cargado de utopía, pero formulándolo, de manera creativa, hoy, puede ser una realidad mañana.

Geografía y geógrafos

Un libro reciente del geógrafo estadounidense Alexander B. Murphy, *Geografía ¿por qué importa?* (2019), al referirse a la naturaleza y perspectivas de la geografía plantea la necesidad de considerar la ubicación y las características de los lugares, las diversas realidades del espacio geográfico para entender y explicar la complejidad de los problemas medioambientales, económicos o sociales. La geografía es la ciencia de lo real y el correcto entendimiento de la interrelación de los procesos físicos y humanos es clave para explicar los conflictos medioambientales, casi siempre resultado de la ruptura de los equilibrios naturales o sociales (Lago Chad en África/ Andes/ Amazonía/ los

territorios despoblados o las grandes regiones urbanas contaminadas y socioterritorialmente desvertebradas).

La geografía viene explicando, desde sus orígenes, las razones de la diversidad del planeta Tierra y, con perspectiva dinámica, los cambios en su paisaje — geografía ciencia del paisaje—, identificando los territorios y sociedades perdedores y ganadores, con frecuencia son pocos los que ganan y muchos los que pierden. La geografía, más allá de la descripción, explora y estimula un pensamiento crítico sobre la manera en que está organizado el mundo, sus arquitecturas físicas y sociales, acercándonos a las características de los diferentes lugares y regiones. Ofreciendo, en suma, una ventana crítica a la organización del planeta que alberga la humanidad, la Tierra. Como ha señalado Martínez de Pisón (2017): “La geografía es un saber profesional y una actividad intelectual en relación con él, lo que tiene dos planos, el de su definición e inserción en el conjunto de conocimientos y el de su propio planteamiento de trabajo”.

Raíces históricas de la geografía

Para comprender el ser de la geografía y las maneras geográficas de pensar hay que observar cómo han evolucionado en el tiempo y, especialmente, cuál es el cuerpo de ideas y perspectivas a ellas asociadas. Herodoto y Estrabón en sus periplos por el Mediterráneo mostraron los lugares donde habían estado (origen de

croquis y los mapas), escribieron el relato de lo que habían descubierto y, también, se formularon preguntas, entre ellas sobre cuáles eran los lugares estratégicamente más ventajosos para el desarrollo de las ciudades (también lo hicieron los españoles cuando llegaron a América), esto para fines nobles, el avance del conocimiento y, también, para facilitar conquistas y construir imperios.

La geografía no sólo era una disciplina que acumulaba información, sino que también les ayudaba a encontrar sentido a su lugar en el planeta. Los romanos se inspiraron en los griegos para comprender el mundo que les rodeaba y para organizar y gobernar un poderoso imperio, articulado por una poderosa red de calzadas y ciudades. Los persas y los árabes avanzaron en los conocimientos cartográficos, de gran utilidad para la comprensión de la naturaleza y la organización del mundo conocido; todos los pueblos con mayor o menor precisión han representado el lugar donde vivían, el mundo que conocían y también el que imaginaban. En la Edad Media y comienzos de la moderna los conocimientos geográficos y los avances de la cartografía tuvieron un papel importante en la expansión del islán (El-Idrisi) o proyecto colonial europeo en América, África y Asia. Ortelius (siglo XVI) planteó la hipótesis sobre cómo los continentes pudieron haberse separado de una masa común, Pangea, principio en el que se apoyará la teoría de la tectónica de placas y deriva continental, aceptada a finales del siglo XX.

Tres alemanes son claves en la fundamentación científica de la geografía moderna. Alexander Humboldt (1769-1859), emprendió un estudio sistemático sobre el funcionamiento del medio natural; Carl Ritter (1779-1859), abordó las relaciones entre el medio natural y el humano; el filósofo Emmanuel Kant (1724-1804) defendió la geografía como fundamental para el progreso moral humano, una dimensión ética y un vehículo de interacción de conocimientos del mundo. Tras la institucionalización de la geografía en los diversos niveles de la enseñanza básica y en la universidad, en la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX se consolidó como disciplina del paisaje y de la explicación de las relaciones entre el hombre y su medio en la superficie terrestre. Los actuales desafíos de la humanidad, como el cambio climático, la pobreza y desigualdad, la ruptura de los límites biofísicos del planeta, etc. propician un redescubrimiento de la geografía y del razonamiento geográfico (la geografía importa, la venganza de la geografía...), al explicar los procesos que rigen las interacciones entre el hombre y el medio en los diversos lugares del globo, porque: “Todos los paisajes en una secuencia son, pues, como la vida, una sucesión de escenas” (Martínez de Pisón, 2009: 44).

La búsqueda de la comprensión geográfica tiene su origen en la curiosidad humana por conocer lugares distintos al propio. Los avances del conocimiento geográfico permitieron explorar los rincones más remotos

del planeta (desde el Everest a la Antártida) y entender las interconexiones que vinculan el mundo humano y el biofísico. Una de las preocupaciones centrales de la geografía es explicar las causas de la diversidad de los lugares de la Tierra, integrando conocimientos de procedencia diversa, desde la geología a la sociología, si la desintegramos deja de ser geografía (Martínez de Pisón, 2017), su singularidad está en el método integrador, imprescindible para explicar los paisajes.

Ver el mundo desde el prisma geográfico, atento a los cambios y a las relaciones e interdependencias, constituye una experiencia enriquecedora porque amplía los horizontes del conocimiento. El estudio de la geografía sirve para pensar y comprender el mundo que nos rodea, ayudándose de diversas orientaciones y perspectivas teóricas, métodos, técnicas y herramientas. La cartografía (analógica o digital) es una de las herramientas clave del quehacer geográfico, permite sistematizar y representar el conocimiento territorial, pero la geografía va más allá de la elaboración e interpretación de los mapas. Busca la explicación de las realidades territoriales a diferentes escalas; es, en suma, una manera de contemplar, interpretar, pensar y enseñar el mundo. Por ello los geógrafos tienen que prepararse para saber ver y explicar lo que ocurre en la superficie terrestre. Las nuevas tecnologías permiten hacer el trabajo de manera diferente,

pero el geógrafo es un profesional del territorio real, de andar y ver, con método y compromiso ético.

La importancia de los territorios y los lugares

La más simple de las actividades humanas tiene sus circunstancias espaciales. Uno de los grandes desafíos de nuestro tiempo es explicar con claridad la contribución humana al cambio climático; los seres humanos somos agentes significativos del cambio contemporáneo, pero los efectos de dicho cambio no se distribuyen por igual, hay que cartografiar para evidenciar la vulnerabilidad diferencial de los territorios. La globalización parece encaminarnos hacia un mundo más indiferenciado, la geografía contribuye a explicar las diferencias y las interacciones (Donald Trump quería imponer un arancel del 35% a las importaciones de automóviles mexicanos, desconocía las interpenetraciones de las industrias del automóvil estadounidense y mexicana, tuvo que dar marcha atrás).

En el siglo XXI el mundo está interconectado pero las interconexiones se dan a diferentes escalas y se manifiestan de forma particularizada en el espacio geográfico. La realidad es dinámica, la organización de la información sobre el planeta no es neutra (Estados, regiones, comunidades étnicas, municipios) y la geografía política de los Estados no es estática (movimientos separatistas, multiculturalidad). Los mapas siempre han tenido un papel importante en las maneras de comprender

la realidad (Proyección Mercator, el Atlántico como centro, los espacios se agrandan en el polo y se reducen en el Ecuador). Hoy las tecnologías tienen un papel decisivo en las formas de presentar y entender el mundo que nos rodea, pero una cosa son los flujos de información y otra la diversidad de realidades planetarias.

La geografía también se ha definido como la ciencia de los lugares, el lugar es la plataforma donde se evidencia el interés y la necesidad del papel integrador de los estudios geográficos, frente a la dicotomía de las ciencias naturales, por un lado, y las ciencias sociales, por otro. Los viajes y las investigaciones territoriales generan apego a los lugares e influyen de forma importante en las maneras de pensar el mundo, ésta es muy diferente en un estadounidense, un español, un mexicano o un iraní. Para captar el “sentido de los lugares” hay que tener en cuenta sus características objetivas, pero también las maneras de pensarlos y vivirlos; la lectura de Guadalajara es muy diferente entre las personas que viven en las urbanizaciones cerradas/amuralladas, que entre los habitantes de las periferias pobres de la ciudad, aunque todos sean tapatíos.

Edward Relph, geógrafo de la Universidad de Toronto, al referirse a lugares con el mismo aspecto, caso de los centros o plazas comerciales, habla de “paisajes sin lugares”, los “no lugares”, que atentan contra la diversidad del planeta y acaban minando el apego a los lugares donde

se vive, así como nuestro compromiso con ellos. Hay que cuestionar los estereotipos de los lugares (“Chinatown”/ mundo islámico como un todo homogéneo y una realidad política significativa). El lugar donde suceden los hechos afecta lo que ocurre, el contexto geográfico es importante y de ahí que cuando se destruye un paisaje valioso toda la humanidad se empobrece, aunque frecuentemente no seamos conscientes de ello.

La disociación entre naturaleza y sociedad

Pervive un modelo de conocimiento que explica el mundo natural por un lado y la humanidad por otro, con poca atención, salvo quizás en la cuestión medioambiental, a la relación entre naturaleza y sociedad en el mundo actual. Con perspectiva geográfica se puede superar esta tendencia, entender la naturaleza variable de la superficie terrestre ilustra tanto de la influencia física como de la humana. De las disciplinas tradicionales, la geografía es hoy probablemente la que más centra su preocupación en observar las relaciones recíprocas de los procesos naturales y humanos en la superficie de la Tierra. Al núcleo de la dinámica entre lo humano y lo natural (cambiante a lo largo del tiempo) se superponen tres preocupaciones:

1ª. Estudio de las distribuciones espaciales relevantes para las relaciones entre naturaleza y sociedad (tradicción espacial de la geografía). Un mapa bien construido evidencia las desigualdades, la clave está en formularse

adecuadas preguntas y el análisis con mentalidad geográfica es importante para aportar argumentos para la justicia medioambiental y territorial.

2ª. Las características de los lugares concretos influyen en el tipo de las interacciones entre naturaleza y sociedad. La excesiva especialización conspira contra el pensamiento integrador (Mario Bunge, filósofo de la ciencia, plantea la necesidad, por un lado, de ciencias especializadas que se preocupen del conocimiento sectorial en profundidad y, por otro, ciencias articuladoras de los conocimientos). Sin referencia a la organización institucional, las circunstancias sociales y las normas culturales es imposible explicar adecuadamente la vulnerabilidad diferencial al cambio climático, el papel de los factores económicos, políticos y culturales locales (Guerra de Vietnam, invasión de Irak, Afganistán) y los contrasentidos reflejo de la cultura del despilfarro, ciudades insensibles a los lugares, Phoenix Arizona, Doha en Qatar, “sin lugar” (campos de césped y pistas de hielo en el desierto).

3ª. La geografía es una disciplina de frontera, entre naturaleza y sociedad, posición no siempre bien entendida por los propios geógrafos. De ahí la importancia de saber pensar a diferentes escalas a la hora de entender y explicar la realidad del planeta; la geografía es una de las pocas disciplinas que piensa a diferentes escalas (China ha incrementado las emisiones de CO₂ por las características

de su modelo de desarrollo y, también, porque países occidentales han externalizado las producciones más contaminantes a Asia). En la encrucijada en que vivimos, es urgente construir pensamiento transversal para explicar las interconexiones que atraviesan la división entre lo humano y lo natural.

La geografía ofrece perspectivas y técnicas que proporcionan visiones esclarecedoras del carácter espacial y material de las interrelaciones de naturaleza y sociedad, plasmadas en el paisaje, un bien colectivo y un recurso valioso cuya defensa, al ser atacado desde frentes diversos, exige: “un compromiso moral con la naturaleza y con las plasmaciones objetivas de la Tierra, una postura ética e intelectual respecto a nuestro propio objeto de estudio, porque el paisaje es algo que vive, es la estructura, la forma, la faz y el contenido del planeta” (Martínez de Pisón, 2017).

Geografía para todos: utilidad y aplicación del saber territorial

El saber geográfico es un saber necesario y útil, para describir y explicar lo que ocurre en la superficie de nuestro planeta; también lo ha sido para “hacer la guerra” como señalara Yves Lacoste (1977), en pleno debate radical; para hablar del territorio (Ferrier, 1984); para dialogar con el mundo (Ortega, 1987); ya en 1992 nosotros señalamos

que también “puede y debe servir para ordenar y gestionar el territorio al servicio de la sociedad” (Troitiño, 1992).

La geografía es fundamental en la educación, para tener una población informada, comprometida y cultivada. El estudio de la geografía abre al mundo la conciencia del lugar donde nacemos e incrementa la curiosidad por otras personas y por la diversidad del planeta, porque el paisaje es una ventana abierta a procesos humanos y naturales. La geografía tiene potencialidad para despertar la conciencia a un mundo más amplio, mejorar la vida de la gente, fortalecer la sociedad civil y racionalizar la acción política, también para contribuir al uso responsable de las tecnologías geoespaciales (GPS, SIG, Big-Data).

Lamentablemente el conocimiento geográfico de nuestra sociedad es limitado: *África un país, tailandeses originarios de Taiwán, donde están Afganistán o Sudán, pocos saben que Indonesia es el país con más musulmanes, la Amazonía el territorio con mayor biodiversidad, la UE el principal socio comercial de Estados Unidos, la estrecha relación entre el calentamiento del mar y la frecuencia de huracanes.* Cuando todo está conectado, parece un contrasentido el limitado conocimiento de la diversa composición medioambiental, social, política y cultural de la Tierra. La formación geográfica debe despertar el interés por conocer otras gentes, lugares, países; *para cuidar la Tierra, un tesoro colectivo, hay que conocerla.*

La conciencia geográfica no es un lujo, es algo esencial para una vida reflexiva y responsable, porque la familiaridad con la geografía también es importante a nivel personal, al ser una invitación al aprendizaje a lo largo de toda nuestra vida. La perspectiva geográfica tiene mucho que aportar para hacer frente a los desafíos políticos, sociales, económicos y medioambientales. El desastre de Vietnam, Robert McNamara lo atribuye a la profunda ignorancia de los estadounidenses de la historia, la cultura y la política del pueblo vietnamita. “La geografía es esencial para encontrar sentido a este nuestro mundo, cada vez más interconectado, poblado y frágil desde el punto de vista medioambiental y en rápida transformación” (Murphy, 2019: 140).

La geografía del planeta ha cambiado profundamente en los últimos 2,000 años (mucho a escala humana pero segundos en la escala geológica): innovaciones tecnológicas (de la imprenta a Internet y de la máquina a vapor a los satélites), cambios demográficos profundos (200 millones al comienzo de nuestra era, 310 millones en el año 1000, 978 en 1800, 1,650 en 1900 y 7,740 en 2020), en la organización espacial de la producción y el consumo, en el medio ambiente y en los paisajes. Hay que pensar las realidades geográficas con conocimiento y espíritu crítico, de esta manera la explicación geográfica será fundamental para lograr un planeta más vivible, justo, sostenible y en paz. No se trata sólo de hacer mapas e

infografías llamativas con los big-data, sino de exponer los procesos y las causas explicativas de las diversas realidades territoriales.

Por ello hay que formularse una pregunta capital: ¿cuáles son los desafíos del conocimiento geográfico y el quehacer de los geógrafos en el siglo XXI? Vivimos una nueva era, la del Antropoceno (Fernández Durán, 2011), por primera vez en la historia de la humanidad la acción humana puede poner en riesgo la vida en el planeta, porque nuestro sistema socioeconómico erosiona los pilares de la vida; unos autores hablan del malestar del planeta, otros de la crisis ecosocial y del desbordamiento de la capacidad biofísica del planeta.

Hoy, la geografía en su *dimensión cultural* debe seguir sirviendo para mejorar la cultura territorial de los ciudadanos, y en el marco de *una perspectiva aplicada*, participar en la construcción de otro modelo de desarrollo que, para ser sostenible, debe estar “territorializado” y dar respuesta a las necesidades sociales. Nuestro territorio es el reflejo del buen y del mal hacer de nuestra generación y de las que nos precedieron y cuando la supervivencia del hombre sobre el planeta está en peligro como consecuencia de prácticas perversas e irresponsables, resulta evidente que hemos errado en la construcción y gestión del territorio, entendido éste como hogar del hombre y, por tanto, hay que cambiar de rumbo. En 2015 se celebró la Cumbre Mundial de Desarrollo Sostenible, donde se fijaron 17

objetivos para caminar hacia esa meta; también en 2015, en París, durante la Cumbre Mundial del Clima se firmó un protocolo para reducir de forma paulatina las emisiones de gases de efecto invernadero y evitar que el incremento de la temperatura media del planeta se sitúe por encima de los 2° C en 2100, dado que un incremento superior tendría efectos catastróficos para toda la humanidad.

El saber territorial no es un saber neutro sino político y evidencia de que es urgente introducir un profundo cambio de rumbo en la acción territorial pues, si bien el debate científico lleva cierto tiempo expuesto, no ha calado realmente ni en la esfera política ni tampoco en la social (AGE, 2006). Los problemas planteados, las insatisfacciones existentes y los efectos negativos de las políticas económicas y de las prácticas territoriales imperantes requieren de una reflexión serena sobre el uso, la ordenación y la gestión del planeta. Durante siglos nos dedicamos al *conocimiento y explicación del territorio*, hoy ya es un bien escaso, por el desbordamiento de la huella ecológica, y un recurso con valores ecológico-patrimoniales y paisajísticos colectivos, fundamentales para preservar los equilibrios medioambientales y garantizar una calidad de vida digna a los habitantes de la Tierra. Para que los ciudadanos podamos ejercer, realmente, nuestro *derecho al territorio*, hay que considerar de forma interdependiente las cuestiones sociales, las económicas y las territoriales.

El oficio tradicional del geógrafo era el de analizar, representar y explicar el espacio geográfico, ahora se han asumido nuevas tareas como las de conservarlo, ordenarlo y gestionarlo. Ello requiere nuevas destrezas, especialmente en el dominio de herramientas técnicas (cartografía, sistemas de información geográfica, fotointerpretación, teledetección, etc.). Tenemos a nuestro alcance gran cantidad de información y, si bien el mapa sigue siendo la herramienta central para sistematizar la información territorial, disponemos de otras nuevas para seguir las pulsaciones del planeta, las dinámicas territoriales y sociales o el manejo de los diversos instrumentos de la ordenación y gestión. Todo ello nos obliga a una adaptación permanente en la forma de pensar y plantear las cuestiones territoriales, así como en las metodologías y técnicas de trabajo. *El saber geográfico*, aunando la dimensión cultural-explicativa y la dimensión práctica, preocupación central de los geógrafos profesionales, *tiene que servir para comprender el mundo y para ayudar a vivir en él*. Hay que explicar el territorio y *poner el conocimiento al servicio de la acción* (Phlipponneau, 2019). En este sentido, decir a los estudiantes de geografía que eligieron un oficio difícil, pero apasionante, la geografía puede contribuir a construir un mundo mejor.

Eduardo Martínez de Pisón, dirigiéndose a los geógrafos del siglo XXI, ha escrito:

No aspiramos a algo tan normal como que la geografía sea influyente, pero sería deseable, porque el conocimiento del mundo, la veracidad sobre el mundo no sólo incrementa el saber, lo que siempre es bueno, sino que además y sobre todo ayuda a mejorarlo desde la ordenación intelectual de su realidad [y les anima]: “Sal al mundo, geógrafo, sé del mundo. Y allí, a la intemperie, considera que tu trabajo sirve y vale en la medida que esté bien hecho” (2017).

El malestar del planeta, “la crisis territorial” (crisis ecosocial) y desafíos ineludibles

Vivimos tiempos de crisis ecológica y malestar social, resultando urgente poner el saber territorial al servicio de la sociedad. Una disciplina donde la explicación de la relación hombre/medio ha sido uno de sus ejes, hoy se tiene que situar en la línea del “cambio de mentalidad para una gran transformación”, como se proclamaba en el *Memorando de Estocolmo. Inclinando la balanza*. (Estocolmo, mayo de 2011):

“Somos la primera generación que enfrenta la evidencia del cambio global. Por lo tanto, recae en nosotros el cambiar nuestra relación con el planeta, a fin de inclinar la balanza hacia un mundo sostenible para las generaciones futuras.”

Nuestro progreso se ha producido a un costo muy elevado, las desigualdades sociales son muy altas, dejando miles de millones de personas con necesidades

básicas insatisfechas y en situación de alta vulnerabilidad a los cambios ambientales globales (los más pobres son los más vulnerables, caso de Haití). La ciencia indica que estamos transgrediendo los límites planetarios que han mantenido nuestra civilización durante 10,000 años; no se puede continuar por este camino. La sostenibilidad ambiental es una condición previa para la erradicación de la pobreza, el desarrollo económico y la justicia territorial, el 1% de los ricos del mundo concentra el 82% de la riqueza del planeta (Intermón Oxfam, 2017).

Las prioridades para revertir las tendencias ambientales negativas y reparar las desigualdades y alcanzar un mundo más equitativo, es necesario: reducir las emisiones de gases del efecto invernadero (energías renovables); garantizar una alimentación asequible para todos; reconsiderar el modelo convencional de desarrollo económico; reorientar las tecnologías para reducir los impactos de la humanidad; fortalecer la gobernanza del sistema de la Tierra y transformar la relación entre ciencia y sociedad. Vivimos tiempos decisivos y no podemos eludir la responsabilidad de hacer frente a una crisis ecológica global.

Tenemos ante nosotros un gran desafío territorial y urge configurar un nuevo paradigma que abra ventanas para el cambio, más allá de las discusiones capacidad /incapacidad de la tecnología para resolver las contradicciones entre los patrones de desarrollo vigentes

y la preservación de los sistemas de vida. En este marco, ¿cómo dar contenido social operativo al saber territorial? Un camino es afianzar y difundir algunas evidencias: los patrones de desarrollo vigentes son los responsables del desbordamiento de los límites de la biosfera; hay que reconducir los procesos de desestabilización ecosocial; son necesarias medidas urgentes para alcanzar transformaciones sustanciales a mediados de siglo; hay resistencia de las élites económicas y políticas frente a cambios de lógicas y prioridades. El *Manifiesto última llamada* señala:

Una civilización se acaba y hemos de construir otra nueva. Las consecuencias de no hacer nada —o de hacer demasiado poco— nos llevan directamente al colapso social, económico y ecológico. Pero si empezamos hoy, todavía podemos ser los protagonistas de una sociedad solidaria, democrática y en paz con el planeta (2014).

Es urgente reducir las desigualdades, profundizar en la democracia y tener referentes éticos sobre el cuidado de la casa común (Papa Francisco, 2015):

[...] se vuelve indispensable crear un sistema normativo que incluya límites infranqueables y asegure la protección de los ecosistemas, antes de que las nuevas formas de poder derivadas del paradigma tecno-económico terminen arrasando no sólo la política, sino también la libertad y la justicia [...]. Necesidad de

una revolución cultural, ya que la ciencia y la tecnología no son neutrales.

La lectura de las élites económicas y políticas, vinculadas a las lógicas de explotación, apunta en otra dirección, pues durante la última década se ha producido una recomposición de la economía a favor de las minorías con evidentes riesgos de desestabilización social. Es difícil, pero otro mundo y otros territorios son posibles. Para caminar, actuando en el frente educativo y en el sociopolítico, es necesario impulsar procesos de organización territorial que resulten compatibles con los límites de la biosfera, porque el crecimiento ilimitado no es posible. Ante la dimensión del desafío hay que mirar hacia los territorios y construir estrategias de complementariedad. La geografía, evidenciando las disparidades territoriales y las contradicciones del sistema, puede aportar mucho para el cambio social y para fortalecer una lucha decidida contra la crisis ecológica. Hay que reconstruir un imaginario territorial alternativo, las geografías del futuro, usando el pensamiento y saber territorial para informar del riesgo de una crisis ecológica de alcance civilizatorio. Necesitamos paradigmas y valores favorables a la preservación de la vida y cambios en el sistema o modelo de bienestar (Riechmann, 2012).

Desde una reflexión personal, que va de la realidad a la teoría (quizás por eso de que la geografía es una

ciencia de lo real), sin descuidar esta última, he podido constatar la necesidad de ajustar los enfoques y las metodologías a las diferentes realidades territoriales (el lugar geográfico), la importancia de la coordinación-concertación interadministrativa y observo la débil cultura de cooperación que existe en nuestra sociedad. La mirada atenta de las dinámicas territoriales y urbanas permite seguir la trayectoria de conceptos innovadores, éste es el caso del patrimonio territorial porque estoy convencido de que si no se territorializan las decisiones y se evalúan las capacidades de acogida de las diversas piezas del sistema territorial, el desarrollo sostenible será una pura quimera.

Patrimonio territorial y la construcción de las geografías del futuro

La preocupación por la cuestión ecológica, un aspecto territorial por excelencia se ha reforzado a partir de los años ochenta, pero está resultando difícil avanzar hacia un “nuevo orden territorial”. Un pensamiento geográfico integrador ofrece argumentos a favor de una nueva cultura y práctica de la acción territorial, capaz de impulsar estrategias de desarrollo en clave de patrimonio territorial. Los jóvenes geógrafos tienen ante sí una atractiva y apasionante tarea: la construcción de las geografías del futuro.

En una sociedad cuya población está cada vez más concentrada en las ciudades—cerca del 60% de la población mundial, el 80% de los ciudadanos de la Unión Europea,

el 75% de los españoles, el 80% de los mexicanos—, es necesario superar la concepción simplista del territorio como mero soporte de la actividad económica, para entenderlo como un recurso de dimensiones múltiples. El desarrollo sostenible requiere de formas diferentes de territorializar las decisiones económicas, patrimoniales o paisajísticas, siendo necesario revisar y rearmar en profundidad el andamiaje de la actuación territorial, pues sólo así será posible construir nuevas geografías, ya que las actuales, a juzgar por los rostros del planeta resultan insostenibles en términos medioambientales, sociales y económicos.

La acción territorial para ganar en eficacia necesita afianzarse, no sólo en las diversas esferas del poder político sino, fundamentalmente, en las prácticas sociales, relacionando con claridad ordenación y desarrollo. En un contexto neoliberal de intencionado descrédito de la acción planificadora, poco o nada atenta a los problemas reales de los ciudadanos, la reformulación de la ordenación del territorio en clave de desarrollo territorial brinda oportunidades para atender cuestiones relevantes en relación con la vertebración, la cohesión, la cooperación, la complementariedad territorial, incorporando nuevas preocupaciones medioambientales, sociales y culturales.

La necesidad de una nueva cultura y práctica de la acción territorial

El debate de los últimos años permite vislumbrar ideas y planteamientos innovadores y sugerentes alrededor de aspectos relacionados con el territorio. Se va abriendo camino, no sin dificultades, la necesidad de una nueva cultura del territorio y de la acción territorial, dado que el territorio es una construcción social y, lógicamente, no se ordena y gestiona sin la participación de los ciudadanos. Las políticas urbanísticas, medioambientales, patrimoniales o paisajísticas tienen que territorializarse, en el sentido de adaptarse a la diversidad del planeta, entendida esta diversidad como factor de riqueza y fuente de oportunidades.

La cuestión de fondo radica en la necesidad social de dotarse de marcos estables de concertación y cooperación. Para avanzar es imprescindible, además de asumir la gravedad y complejidad de los problemas planteados, resolver temas de diferentes niveles y escalas. Desde la geografía fundamentar las bases de una nueva cultura territorial, cultura de las relaciones, las interdependencias y de las complementariedades, que impregne el debate social y político, reorientando la acción territorial hacia el buen gobierno del territorio (Zoido, 2007). El buen gobierno exige planteamientos que propicien la aproximación entre el pensamiento social, el económico y el territorial, incorporando las nuevas preocupaciones y

sensibilidades medioambientales, paisajísticas y culturales. El patrimonio territorial, natural, cultural y paisajístico tiene que activarse como capital para la construcción de nuevos modelos de desarrollo.

La visión compartimentada de las temáticas territoriales, patrimoniales y paisajísticas, además de ineficaz, resulta contraproducente. Para gestionar con eficacia el territorio hay que hacerlo desde su interpretación como un recurso de dimensiones múltiples, al reflejar las interdependencias entre factores ambientales, económicos, sociales y culturales. El uso racional de los recursos del planeta es la mejor garantía de sostenibilidad, el patrimonio territorial debería constituirse en un pilar básico de cualquier estrategia de desarrollo. Las diferencias geográficas siguen teniendo importancia estratégica, el reto está en encontrar, según el lugar geográfico, ideas y proyectos que permitan movilizar los capitales territoriales para construir modelos de desarrollo que atiendan a las necesidades sociales, porque el desarrollo territorial sostenible no tendrá operatividad si no se integra en un nuevo proyecto social que incorpore la sociedad en la defensa y gestión del territorio.

La visión unitaria del patrimonio territorial se vincula, por una parte, con las señas de identidad de los pueblos y, por otra, con su consideración como recurso y factor de desarrollo. Una aproximación integrada al patrimonio territorial implica descubrir todo un conjunto de recursos,

tanto materiales como inmateriales, que son la base para armar el desarrollo futuro (DELTA, 2004). El territorio se encuentra sometido a un rápido y profundo proceso de reorganización económica, funcional y social, al tratarse de una realidad viva, fruto de complejos y, con frecuencia, precarios equilibrios. Las posibilidades del patrimonio, a la hora de funcionar como dinamizador de recursos para el desarrollo sostenible, están empezando a ser exploradas, aunque ya no se discute su papel determinante en actividades como el turismo (Troitiño y Troitiño, 2015).

Un desafío geográfico: liderar estrategias en clave territorial

Estamos ante el desafío y la urgencia de utilizar el patrimonio territorial de forma inteligente, para impulsar nuevos modelos de desarrollo. Los territorios, si los sabemos interpretar, reflejan las debilidades, las incoherencias y los riesgos ambientales y sociales de nuestro modelo de desarrollo. Es necesaria la optimización de los recursos y oportunidades de las diferentes piezas del mosaico terrestre, asumiendo la necesidad de introducir límites y reducir consumos. En suma, buscar un modelo diferente de relaciones entre el sistema ecológico, del que el hombre, con una potente capacidad transformadora y destructora, constituye una pieza fundamental, y el sistema económico-social (Nel'lo, 2010).

El territorio mundo que estamos construyendo resulta, ciertamente, poco satisfactorio cuando más de mil millones de personas viven en la pobreza extrema y, además, se están poniendo en riesgo los equilibrios básicos de nuestro planeta. Hay que construir los proyectos de desarrollo en clave de patrimonio (Troitiño, 2009). El cambio necesario nos enfrenta no tanto al reto de competir, núcleo de la desigualdad, como al de cooperar, para movilizar el capital territorial y afrontar los desafíos relacionados con el cambio climático, la cuestión migratoria, la revisión del modelo de consumo energético, la planificación y la gestión del planeta.

Las estrategias integradas de desarrollo y gestión territorial, formuladas a diferentes niveles y escalas, se presentan como oportunidad para dotar de contenido operativo al conocimiento territorial, así como para caminar hacia lo que hoy, en buena medida, sigue siendo una utopía, el desarrollo sostenible. Hay que dar visibilidad, dimensión y utilidad social a la acción territorial y ello requiere, también, de una mayor participación e implicación de la sociedad civil, no sólo en la defensa del patrimonio sino también en los procesos de desarrollo territorial. Resulta urgente, en el marco y explicación dinámica y conflictiva de los territorios, la configuración de instrumentos eficaces de planificación y gestión del desarrollo territorial. Los jóvenes geógrafos tienen que responder al desafío de “construir la geografía del futuro en clave de justicia territorial”.

Referencias bibliográficas

Asociación de Geógrafos Españoles. (2006). *Manifiesto por una nueva cultura del territorio*. Madrid.

DELTA. (2004). *Guide Méthodologique pour le développement des Systemes Culturels Territoriaux*. Roma: Euromed Heritage-IMed.

Fernández Durán, R. (2011). *El Antropoceno. La expansión del capitalismo global choca con la biosfera*. Barcelona: Virus.

Ferrier, J. P. (1984). *Antée I: La géographie Ça sert d'abord a`parler du territoire, ou le métier des géographes*. Aix en Provence: Edisud.

Foro Transiciones. (2014). *Manifiesto "Última Llamada"*. Madrid.

Lacoste, Y. (1977). *La geografía un arma para la guerra*. Barcelona: Anagrama.

Martínez de Pisón, E. (2009). *La belleza del oficio de geógrafo*. Madrid: UAM.

———. (2017). Escrito para los geógrafos del siglo XXI. *Boletín de la Real Sociedad Geográfica Española*, núm. 58, pp. 6-17.

Memorando de Estocolmo. (2011). *Inclinando la balanza hacia la sostenibilidad*. Nobel Laurate Symposium on Global Sustainability. Estocolmo.

Nel·lo, O. (2010). *De la conservació a la gestió del paisatge*. Discurso de recepción como miembro de número del Instituto de Estudios Catalanes. Barcelona: Institut D'Estudis Catalans.

Ortega Cantero, N. (1987). *Geografía y cultura*. Madrid: Alianza.

Philipponneau, M. (2001). *Geografía aplicada*. Barcelona: Ariel.

Prats, F., Herrero, Y., y Torrego, A. (2016). *La gran encrucijada. Sobre la crisis eco-social y el cambio de ciclo histórico*. Madrid: Foro de Transiciones.

Santo Padre Francisco. (2015). *Encíclica "Laudato si"*. *Sobre el cuidado de la casa común*. El Vaticano, Roma.

Serrano, A. (Coord.). (2015). *Planificación y patrimonio territorial como instrumentos para otro desarrollo*. Valencia: Universidad de Valencia.

Troitiño Vinuesa, M. A. (1992). Dimensión aplicada y utilidad social de la geografía humana. *Ería*, núm. 27, pp. 57-73.

———. (2010). La crisis como oportunidad para repensar la ordenación del territorio. En Rodríguez González, R. (Dir.), *Territorio. Ordenar para competir* (pp. 53-64). La Coruña, España: Netbiblo.

———. (2011). Territorio, patrimonio y paisaje: Desafíos de una ordenación y gestión inteligentes. *Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales*, núm. 169-170, pp. 561-570.

Troitiño, M. A., y Troitiño, L. (2015). Territorio y sistemas patrimoniales: La región urbana de Madrid. *Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales*, núm. 184, pp. 255-274.

Zoido, F. (2007). Territorialidad y gobierno del territorio, hacia una nueva cultura política. En: Farinós, J., y Romero, J. (Coord.), *Territorialidad y buen gobierno para el desarrollo sostenible. Nuevos principios y nuevas políticas en el espacio europeo* (pp. 19-48).



Sobre el mapa de Jalisco, Miguel Ángel señala el lago de Chapala, el mayor embalse de México, Departamento de Geografía y Ordenación Territorial, U de G, 22 de noviembre de 2017 (Foto: Luis Felipe Cabrales).



Balandra, Zona de protección de flora y fauna decretada en 2012, enclavada en la Bahía de la Paz, Baja California, hábitat terrestre – marino, 26 de noviembre de 2015 (Foto: Luis Felipe Cabrales).